



Por Antonio Merino Madrid
Cronista Oficial de Añora

EL LEJÍO SAN MARTÍN

Según el diccionario de la Real Academia, el ejido es un “campo común de un pueblo, lindante con él, que no se labra, y donde suelen reunirse los ganados o establecerse las eras”. Un ejido es, en fin, un lejío, que así lo hemos pronunciado nosotros siempre, por aglutinación del artículo. El ejido. El ejío. El lejío. En otras regiones tiene también el significado de “lugar muy lejano”, debido a su semejanza con “lejos”, palabra con la que acabó relacionándose popularmente, aunque etimológicamente procede de exido, “salida de un lugar”, y este del latín exitus, participio del verbo *exire*, “salir”.

Aunque antiguamente hubo más, cuando nosotros éramos niños en Añora había dos lejíos: el nuestro, el lejío grande, al final de la calle Amargura, y el de San Martín. El lejío San Martín era un lugar remoto, a donde raramente acudíamos. Nuestra vida transcurría en nuestro lejío, a las puertas de nuestra casa, donde se construyeron las escuelas y luego el consultorio médico, pero que entonces ofrecía todavía un terreno inmenso para el juego y la aventura. De hecho, todo lo que un niño podía imaginar estaba allí o muy cerca. Cuando llovía mucho se formaba una laguna inmensa que alimentaba un arroyo que bordeaba las escuelas, entonces sin vallar o fácilmente accesibles. Ya en la carretera estaban las escurrideras, unas lanchas inclinadas que delimitaban una alcantarilla para que las aguas cruzaran subterráneamente la carretera. El túnel, otra fuente de aventuras e incógnitas. No lejos de allí, en la calle San Sebastián, había varios solares sin edificar a los que de vez en cuando acudían buhoneros y hojalateros, quincalleros que acampaban libremente con sus carromatos de película del Oeste. Y un poco más arriba, un terreno de tierras blandas en plena calle, que se nos antojaban las arenas movedizas donde se hundían los villanos en las series de Tarzán. La Cerca del Pozo, la Jontana, las eras, el cercón de la Calista, con su pedrera misteriosa siempre inundada. Todo estaba cerca y formaba nuestro universo.

Al lejío San Martín, que estaba lejos, pocas veces llegábamos en nuestras incursiones por el pueblo. Quizás solo en dos ocasiones al año. Una era el día de la

subida de la Virgen, en septiembre, cuando se montaba alrededor de la ermita una pequeña feria, un puesto de juguetes, otro de turrón, poco más, pero eso poco ya era mucho entonces. Junto al árbol de la Virgen de la Peña, que recientemente cayó herido por una tormenta y por la edad, organizaba el Ayuntamiento unas carreras de cintas en bicicleta. Las veíamos sentados sobre el muro de la ermita o en el suelo a su sombra. Detrás estaba el lejío, que era ya el final, la nada. Quizás nos asomáramos alguna vez, ya que estábamos allí, a tirarle piedras a cualquier gato que vagabundeara descuidado.

En el lejío San Martín había dos cosas, un eucalipto y una cruz monumental de granito. Esta era la segunda vez que pasábamos por allí: el día de la Cruz. Claro que las cruces entonces no eran como las de ahora, y eso que las de entonces tampoco eran ya como las de antiguamente. Las cruces de la calle se vestían siempre igual, con un traje blanco, siempre el mismo, que tenía bordados o pintados algunos adornos alusivos a motivos litúrgicos (unas espigas, un copón, una hostia), las bandas con sus flecos dorados, el inri de cartón forrado y luego macetas, muchas macetas alrededor, de helechos, de pilistras, esparragueras, margaritas, parritas, jarros... El suelo cubierto de poleo y manzanilla en toda su explosión de olores tan evocadores de una época y una situación. Un gallo desecado y una Inmaculada. Allí, medio escondidos, nidos de pájaros con sus huevos, cogidos directamente del campo, que si eran para adornar una cruz seguramente no sería delito, porque entonces pocas cosas eran delito en el campo, ni coger nidos, ni matar culebras ni arrancar poleo, porque todo estaba lleno de nidos, de culebras y de poleo, no como ahora, que raramente se puede ver un lagarto verde por los caminos y el poleo silvestre ya ni existe, que muchos niños de hoy solo lo conocen por las bolsitas de infusión del Mercadona.

La Cruz de San Martín era la última en verse, tan lejana estaba. Por la noche daba miedo, porque detrás de ella no había nada, más que oscuridad y misterio. El candelorio echaba chispas en la inmensa negrura y cuando



 Diputación
de Córdoba

te acercabas a él sentías un escalofrío en el cogote que no era producido solo por el relente. Una patada al tronco y a correr rápidamente calle Córdoba abajo.

En los lejíos antiguamente se instalaban durante el verano las eras provisionales para sacar el grano, aunque cuando nosotros éramos niños esta actividad se había refugiado ya en las eras auténticas, en las empedradas, en las eras de Cañapalomares o en la del Cercón y al lado del lejío San Martín estaban también las eras de Alejandro y de doña Catalina. Las eras estaban empedradas como un gran mosaico romano, con piedras de colores, a veces incluso formando dibujos, una estrella, cuadros, los márgenes, el nombre del propietario o del empedrador. Actualmente no queda ninguna en Añora, porque barcino, sacar, alventar, bierga, trillo y costal son ya palabras olvidadas también en nuestro pueblo.

Hace unos años, buscando otras cosas, me encontré esta fotografía en el archivo de la Diputación de Córdoba. Al pronto me costó identificarla. No podía ser otra que la cruz de San Martín, pero la memoria había recorrido ya varios estadios y había borrado aquella primitiva estampa del lejío con su cruz y su eucalipto. La imagen es de finales de los años sesenta del siglo pasado, poco antes de que se construyeran allí unas escuelas, se vallara el perímetro y desapareciera todo el lejío. Hay dos niños sentados en las gradas, quizás de mi edad, no sé quiénes son. Tal vez ellos tampoco. Al fondo parece distinguirse alguien subido en un carro descargando los haces de avena o trigo en la era.

En mis investigaciones sobre la historia de Añora he encontrado documentos que nombran los otros lejíos que

existieron en el pueblo, el de Fuente Vieja, el del Tejar. En 1753 se dice que el de San Martín distaba 80 pasos de la población y que tenía una fanega de tierra de tercera calidad. En 1970 se construyeron aquellas nuevas escuelas, que costaron 750.000 pesetas, porque entonces había en Añora niños y niñas suficientes para llenarlas todas, las de la calle Amargura y las de la calle Iglesia, y aún hacían falta más y por eso se levantaron las de San Martín en el lejío San Martín, dejando el espacio inutilizable para otros usos. Pero todavía a principios del siglo XX se celebraban allí las ferias de ganado, a las que acudían los corredores y tratantes de toda Andalucía, con sus caballos, mulas y borricos en busca del mejor postor. También se acomodaba allí en ocasiones la plaza de toros de carros, una arquitectura efímera para capeas y novilladas con motivo de la feria de agosto. Por allí pasaban y se detenían una noche los ganados trashumantes que bajaban de Castilla la Vieja en busca de mejores pastos durante el invierno.

En el lejío San Martín se erguía un eucalipto que también ha desaparecido, como todos los eucaliptos que había entonces en las carreteras, que se han borrado de nuestro paisaje y casi de nuestra memoria. La cruz de granito se cambió de sitio varias veces y luego se sustituyó por otra más moderna. La era de trillar se arrancó cuando dejó de usarse y en su lugar luce hoy el recinto ferial. Ya no hay nada de lo que había allí cuando se hizo la foto, nada de lo que había cuando éramos niños. Si existiera, el lejío San Martín hoy ya no estaría tan lejos como parecía entonces en nuestra imaginación azul. Si existiera. Porque el lejío también se fue, como los eucaliptos, la era y la cruz.